



## APERTURA DEL AÑO JUBILAR GUADALUPENSE

**Guadalupe, 5 de septiembre**

Queridos hermanos:

Hasta el día 8 de septiembre de 2016, el Santo Padre Francisco, nos ha concedido, como Iglesia particular, la gracia de un nuevo Jubileo. Ha atendido de este modo la petición que hice en nombre de tantos peregrinos, de tantos hijos de Santa María de Guadalupe, de esta parroquia de la Puebla, de la Comunidad de Padres Franciscanos y su Guardián. Hoy abrimos de manera significativa la Puerta Santa de esta Casa de la Virgen, Reina de Extremadura y de la Hispanidad, para que cuantos deseen renovarse, orar por su Santidad, reconciliarse con el Padre en el sacramento de la Reconciliación y recibir a Jesucristo Sacramentado, tengan acceso a la gracia del Jubileo.

No tengáis miedo de pedir mucho al Señor por la poderosa intercesión de la Reina de las Villuercas. Puede haber mucho que pedir, pero más hay que recibir. Si se trata de pedir perdón, el que recibimos de Dios por nuestros pecados no conoce límites en la Iglesia Santa. En la muerte y resurrección de Jesucristo, el Padre de los cielos hace evidente este amor que es capaz incluso de destruir el pecado de los hombres. Y no son pocos los que cometemos. Si pedimos tantas cosas que necesitamos de todo tipo, no se agota la generosidad de Dios, sobre todo si lo hacemos por la intercesión de Santa María de Guadalupe.

Dejarse reconciliar con Dios es posible por medio del misterio pascual y de la mediación de la Iglesia de Dios está siempre disponible al perdón y nunca se cansa de ofrecerlo de manera siempre nueva e inesperada. ¿Hay alguien de entre nosotros que no tenga experiencia de haber pecado? Sí, hermanos, sentimos con fuerza ese peso del pecado, que nos condiciona. La Iglesia que es madre sabe, por eso, que nos viene muy bien la gracia que lleva consigo este Jubileo de Guadalupe. “La Iglesia vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva”. (Papa Francisco, EG 24).

Siempre es posible confesar nuestros pecados, cuando nos acercamos al sacramento del Perdón y ser así perdonados. Pero no obstante el perdón que aquí podemos recibir, llevamos en nuestras vidas las contradicciones que son consecuencias de nuestros pecados. Sin duda: en el sacramento de la Reconciliación Dios perdona al arrepentido sus pecados, que realmente quedan cancelados; sin embargo, la huella negativa que los pecados tienen en nuestros comportamientos y en nuestros pensamientos *permanece*. Pero la misericordia de Dios es incluso más fuerte que esto; se *transforma en indulgencia* del Padre que a través de la Esposa de Cristo alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado, permitiéndole obrar con caridad, a crecer en el amor más bien que a recaer en el pecado.

He aquí la razón y el origen de la indulgencia del Jubileo, en este caso el concedido por el Santo Padre para Guadalupe durante un año. Por otra parte, la Iglesia vive la comunión de los Santos. En la celebración de la Santa Misa esta comunión, que es don de Dios, actúa como unión espiritual que nos une a los creyentes con los santos y beatos, cuyo número es incalculable (cfr. Ap 7,4). Su santidad viene en ayuda de nuestra fragilidad, y así la *Madre Iglesia es capaz con su oración y su vida de encontrar la debilidad de unos con la santidad de otros*.

Vivir entonces la indulgencia en este año Jubilar significa acercarse a la misericordia del Padre con la certeza de su perdón sobre la vida del creyente. Esta gracia llega a nosotros con la entrada por la Puerta Santa, que es acompañada por la oración y las celebraciones en Guadalupe de los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía y las otras condiciones del Jubileo.

Lógicamente esta gracia jubilar no es abstracta, sino que se colorea con cuanto significa para los cristianos la Virgen Santa María de Guadalupe, los recuerdos y sentimientos religiosos que este bendito lugar ocupa en nuestros corazones, las gracias que por medio de la Virgen se nos han concedido en esta su Casa. Pedimos al Guardián de esta comunidad de Frailes Menores y al párroco de la Puebla de Guadalupe que estén siempre disponibles los sacerdotes para la confesión

durante la celebración del Jubileo, y que inviten a cuantos sacerdotes leguen aquí a repartir el perdón de Dios.

Volvamos nuestros ojos a la imagen bendita de nuestra Señora: en ella encontraremos el coraje y la invitación a renovarnos y a vivir con fuerza la vida cristiana, las virtudes que hagan cambiar nuestra sociedad. Nuestro Jubileo Guadalupense coincide casi con el Jubileo de la Misericordia que el Papa ha convocado para toda la Iglesia. Tanto mejor; ambas celebraciones no serán rivales, sino que se fecundarán mutuamente. Que así sea.

## FIESTA DE LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

### Guadalupe, 8 de septiembre

Queridos hermanos:

Muchas veces nos exhorta la Iglesia a la alegría; lo hace sobre todo en el inicio de la celebración eucarística, como en nuestra fiesta de hoy: “Celebremos con alegría el nacimiento de María, la Virgen: de ella surgió el sol de justicia, Cristo, nuestro Dios” (Introito de la Misa). El Papa Francisco también nos invita a la alegría del Evangelio, en su carta apostólica *Evangelii Gaudium* (noviembre de 2013), que puede considerarse su propuesta pastoral para la Iglesia en estos años: es la alegría que llena el corazón y la vida entera de los que encuentran a Jesús como un tesoro y quedan liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Precisamente el Papa nos ha concedido en esta Casa de la Virgen la alegría del Año Jubilar, que aquí puede gozarse, con las condiciones habituales, hasta el 8 de septiembre de 2016. La Puerta Santa, abierta el día 5 es señal para todos de esta concesión de perdón y la alegría de la fe.

En este día grande para Extremadura, celebrar la Eucaristía del Señor ante la Virgen Morenita, Reina de la Hispanidad, puede ser momento de alegría de fiesta. Os saludo a todos; os saludamos mis hermanos obispos y yo a cuantos estáis en el Santuario o nos veis por televisión. Con nosotros están nuestras autoridades autonómicas, provinciales y locales, el Sr. Presidente de la Junta de Extremadura, el Sr. Alcalde de Guadalupe, los Caballeros y Damas de Guadalupe. Aunque un poco apretados, cabemos todos.

En realidad, esta fiesta del Nacimiento de María está ligada a la basílica construida en el siglo V en el lugar de la piscina Probática o de las Ovejas (cf. Jn 5,1-9), en Jerusalén, donde la tradición localizaba junto al templo la casa de Ana y Joaquín (hoy basílica de santa Ana). No tardó en llegar a Roma y toda Iglesia occidental, de modo que en la Edad Media se hizo muy popular. Entre nosotros, al menos lo es desde los siglos XII-XIII, que es lo mismo que decir desde los albores de ser encontrada la imagen de Santa María de Guadalupe. Pongan ustedes aquí toda la devoción y cariño a la Virgen que cada uno de ustedes posee desde niño, y vamos a celebrar esta fiesta bien, como corresponde a hijos de Dios, que junto al necesario esparcimiento y alegría ponen hondura, alabanza y oración.

Las dos primeras oraciones de la Misa de hoy (oración-colecta y sobre las ofrendas) nos dan el fundamento bíblico a esta fiesta. No se trata de un feliz aniversario o “cumpleaños de la Madre de Dios”, en el cual los fieles ofrecen a la Virgen su homenaje e imploran su protección. Hay algo más. Recordad que se pide: “Concede, Señor, a tus hijos el don de tu gracia, para que cuantos hemos recibido por la maternidad de la Virgen María...”. El centro de la fiesta, por tanto, es Cristo. Eso sí, con la aparición de María comienza el tiempo de los “nacimientos de lo alto”, es decir, del Espíritu. “Tu nacimiento, Virgen Madre de Dios, anunció la alegría a todo el mundo. De ti nació el sol de justicia, Cristo, nuestro Dios, que, borrando la maldición, nos trajo la bendición, y, triunfando de la muerte, nos dio la vida eterna”. ¡Ah!, por esto sí que hay que hacer fiesta y estar alegres. Es algo que no se compra en el súper, que sólo lo tiene el Padre, que nos lo da por su Hijo Jesucristo. Pero es que María es la aurora de la luz que se nos da en Navidad, como muestran las lecturas de la Misa.

Hoy se nos muestra, con el nacimiento de María, que la creación, nuestro mundo en realidad, de un modo nuevo y más digno, queda dispuesto para hospedar en sí al supremo hacedor, Cristo. Se inician, y conmemoramos hoy, aquellos acontecimientos salvíficos en los que la Virgen estuvo estrechamente vinculada a su Hijo.

La Virgen se hace merecedora de la complacencia de Dios, porque es *pequeña*, humilde, abierta al Señor. Este nacimiento, pues, como se verá más tarde, da paso a una vida de María que da esplendor a todas la Iglesias, a la nuestra también. Nosotros hacemos la fiesta, pero la que hace el gasto es María, o el Señor por su poderosa intercesión.

Es interesante esta idea, porque nosotros, los católicos necesitamos de esa pequeñez, de esa humildad, de esa apertura, para descubrir a Dios en nuestra vida, y su Palabra, que la Tradición

nos ha entregado en la Sagrada Biblia. Desconocemos o no conocemos suficientemente el tesoro que tenemos en la fe. En ocasiones estamos asustados porque nos ponen dificultades desde fuera, desde la cultura dominante, y pensamos que no hay lugar en nuestra sociedad para vivir dignamente nuestra fe. No es verdad, hermanos. Nuestra debilidad no está en que nos ataquen los que no nos quieren; está en que no vivimos la fe cristiana como un acontecimiento, como algo que nos sucede, con un deseo de recibir cada día la gracia del Señor para vivir la maravilla de nuestra fe. Nuestra debilidad está en desconfiar de la Iglesia, Madre, Esposa, Pueblo del Señor, Seno que nos ha dado la vida.

Y nos entran complejos, como si no valiera esta fe para ser hoy hombres y mujeres y afrontar con confianza las luchas de la vida, mostrando la victoria de la fe que el Hijo de Dios nos ha conseguido y de la que gozamos desde el Bautismo. Vivimos la fe como si fuera algo añadido que traemos hasta nosotros y estamos divididos en dos mitades separando la fe del resto de la vida. No. La Virgen nos muestra cómo aceptar la Palabra, el Verbo de Dios en nuestra vida, para que sea siempre fresca y viva nuestra vida cristiana.

Yo quiero pedirle a la Virgen de Guadalupe, a María Santísima, que consigamos en este curso pastoral, que en septiembre empieza, un asombro ante el Dios que nos habla, un conocimiento de la Escritura, una alegría de pertenecer a la Madre Iglesia, que nos da cada día a Cristo, como María lo dio a los pastores y a los Magos en la Navidad, porque eran pequeños y humildes. El Santo Padre nos convoca a un Jubileo de la Misericordia, que se desarrollará en toda la Iglesia casi a la vez del Año Jubilar Guadalupense: se nos abre, pues la anhelada puerta de la vida y del amor misericordioso a todos. El Papa no quiere que nadie quede excluido de su Misericordia.

Es una ocasión única, hermanos, para vivirla en nuestras Diócesis, pero sobre todo aquí en Guadalupe, para acercarnos a Dios, por Jesucristo en el Espíritu Santo; se trata de gozar de la alegría de la luz que da la fe cristiana. Llevamos veinte siglos de este gozo, y nunca olvidamos que históricamente sucedió por el Hijo de la Virgen María. Madre de Guadalupe, Señora Nuestra, ruega por nosotros; ruega para que abramos nuestro corazón a recibir la misericordia del Padre, pero también para que nuestro amor, perdón y misericordia llegue a toda la humanidad, a los más tristes, a los que nada tienen, a los siempre pobres. Defiéndonos de la guerra y del odio, del desamor y del aislamiento en solo nuestro propio interés y ayúdanos a acoger a quien lo necesita. Te pedimos por nuestra patria y por Extremadura, por nuestras Diócesis nuestras parroquias, por sus hombres y mujeres. Tú eres Madre, nos conoces y nos quieres. También te queremos Señora nuestra y deseamos hacer los que nos diga tu Hijo. Que así sea.

## **INICIO DE CURSO EN LOS INSTITUTOS TEOLÓGICOS**

### **Toledo, 25 de septiembre**

Hermanos: Un saludo cordial a nuestros invitados que nos honran con su presencia: Rector Magnífico o Decano de Teología de la Universidad eclesial San Dámaso, autoridades que nos honran con su presencia, claustro de profesores de los Institutos, Rectores y formadores del Seminario Mayor y de las otras casas de formación al sacerdocio, alumnos, queridos sacerdotes. Empezamos el curso escolar 2015-2016; y lo empezamos bien con la celebración de la Eucaristía. Celebramos Misa votiva del Espíritu Santo, porque es el Paráclito el que viene en ayuda de nuestra debilidad y el que abre nuestra inteligencia a los misterios de Dios. Jesús nos ha dado precisamente las primicias del Espíritu, porque ya ha sido glorificado. Podemos gemir en nuestro interior, pero aguardamos confiados la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo; y, si tenemos sed, podemos ir a Cristo: de sus entrañas de misericordia manarán torrentes de agua viva.

¿Qué significa abrir un curso de Teología y Ciencias Religiosas? Pues adentrarse en la Tradición de la Iglesia, “que no es una trasmisión de cosas muertas; es el río vivo que se remonta a los orígenes, es el río en el que los orígenes están siempre presentes”. El gran río que nos lleva al puerto de la eternidad. Y al ser así, este río vivo se realiza siempre de nuevo la palabra del Señor: ‘He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin el mundo’” (Benedicto XVI, Audiencia General de 26.04.2006). Este río va regando diversas tierras, va alimentando diferentes geografías, haciendo germinar lo mejor de esa tierra, lo mejor de esa cultura. De manera que el Evangelio se sigue encarnando en todos los rincones del mundo de forma siempre nueva (cfr. EG, 115)

¿Cómo ese río de los orígenes logra regar hoy estas tierras y hacerse visible y vivible? Porque la Palabra de Dios está presente, pero para estar presente, necesita una persona, un testigo. Tradición de la Iglesia, pues, es la presencia permanente de la palabra y de la vida de Jesús en su

pueblo, que necesita ser acogida y vivida. Se nos pide, en consecuencia, repensar siempre cómo el cristianismo se hace carne, cómo el río vivo del Evangelio continua haciéndose presente para saciar la sed de nuestro Pueblo. Para encarnar este verdadero desafío, hemos de superar dos posibles tentaciones: 1) condenarlo todo, pues “todo pasado fue mejor”, refugiándonos en conservadurismos o, peor, en fundamentalismos; 2) o por el contrario, consagrarlo todo, desautorizando todo lo que no tenga “sabor de novedad”, relativizando toda sabiduría acuñada por rico el patrimonio eclesial.

¿Veis, hermanos, cómo en este contexto el estudio de la Teología adquiere un valor de suma importancia, un servicio insustituible en la vida eclesial? No sería bueno, sin embargo, generar una oposición entre teología y acción pastoral como si fuesen dos realidades contrarias, separadas, que nada tuvieran que ver la una con la otra. Lo doctrinal no se identifica con lo conservador, retrógrado; y, por el contrario, en ocasiones pensamos la acción pastoral desde la simple adaptación, reducción, mera acomodación; como si nada tuvieran que ver entre sí teología y acción pastoral. En consecuencia, tampoco hay lo que sería una oposición entre “pastoralistas” y “academicistas teólogos”. Esto sería muy viejo y poco realista. Somos todos miembros del Pueblo de Dios y a todos nos interesa la doctrina católica. Hay que hablar de reflexión creyente y de vida creyente; no de oposición entre teología y la acción pastoral. Los grandes Padres de la Iglesia, lo sabemos bien, fueron grandes teólogos porque fueron grandes pastores. El Concilio Vaticano II apostó entre tantas cosas buenas por superar este divorcio entre teología y pastoral. Creo, además, que ha revolucionado en cierta medida el estatuto de la Teología, la manera de hacer y pensar del creyente.

Sin duda que debemos tomarnos el trabajo, arduo, de distinguir el mensaje de vida de su forma de transmisión. No hacer este ejercicio de discernimiento llevaría a traicionar el contenido del mensaje. Hace que la Buena Nueva deje de ser nueva y especialmente buena, y podría volverse una palabra estéril. Dios no lo quiera. La doctrina teológica no es un sistema cerrado, privado de dinámicas capaces de generar interrogantes, cuestionamientos. Por el contrario, la doctrina cristiana tiene rostro, tiene cuerpo, tiene carne, se llama Jesucristo y es su vida la que es ofrecida de generación a todos los hombres y en todos los rincones. Custodiar la doctrina, estudiarla, exige fidelidad a lo recibido y, a la vez, tener en cuenta al interlocutor, su destino, conocerlo y amarlo.

Este encuentro, así, entre doctrina y estudio teológico y la acción pastoral no es opcional, es constitutivo de una teología que pretende ser eclesial. Las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas y preocupaciones no las podemos ignorar, si queremos tomar en serio la encarnación del Señor. Nos ayuda, además, a profundizar en el misterio de la Palabra de Dios. Palabra que exige y pide dialogar, entrar en comunicación. Nuestro Dios ha elegido este camino. Él se ha encarnado en este mundo, atravesado por conflictos, injusticias, violencia; atravesado por esperanzas y sueños.

¿Para quién estamos pensando cuando hacemos teología? ¿A qué personas tenemos delante? Sin ese encuentro con la familia de Dios, con el Pueblo de Dios, tal vez la teología se puede convertir en ideología. Esto nos revela lo desafiante de la vocación del teólogo. Y lo estimulante que es el estudio de la teología y otras materias que constituyen el contenido de los cursos de los dos Institutos; y la gran responsabilidad que se tiene de hacerlo.

Por eso, hay una sola forma de hacer teología, para el profesor y el alumno: de rodillas. No me estoy refiriendo a hacer un acto piadoso de oración para luego pensar la teología. Se trata de una realidad dinámica entre pensamiento y oración, muy alejada del simple “aprobar” o “salir del paso”. Una teología de rodillas es animarse a pensar rezando y rezar pensando. Es una reciprocidad entre Pascua y tantas vidas no realizadas que se preguntan: ¿dónde está Dios?

No tengamos miedo de ponernos de rodillas en el altar de la reflexión y hacerlo “con los gozos y las alegrías, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo, de los pobres y de todos los afligidos” (GS, 1) ante la mirada de “Aquel que hace nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5).